CEFERINO R. AVECILLA y MANUEL MERINO

EL ENEMIGO MALO

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

Copyright, by C. R. Avecilla y M. Merino, 1915

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

A Tomadito.
Con un abrazo
de su amigo
Ceferino
J. Manuelo

EL ENEMIGO MALO

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
654

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ENEMIGO MALO

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

CEFERINO R. AVECILLA y MANUEL MERINO

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO LARA de Madrid, el día 6 de Marzo de 1915

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP

Teléfono número 551

1915

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

A D. Eduardo Yañez que nos acogió—a nosotros, tan humildes—con una inolvidable cordialidad.

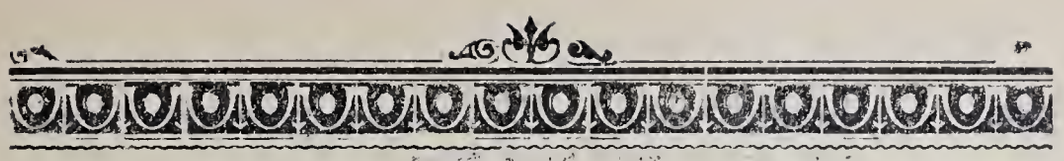
Ceferino R. Avecilla.

Manuel Merino.

722150

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Sra. Barcena.
DOÑA RAMONA	Sánchez Abiño.
LA SANTERA	Srta. Alba.
PEPE	Sr. Manrique.
DON ANDRÉS	Mora.
MARIANO	Isbert.
GONZÁLEZ	Peña (Ramón).
DON LADIS	Collado.
DON DAMIÁN	Zaragozano.



ACTO PRIMERO

Zaguán de una casa de campo, en las afueras de un pueblo de Castilla. Gran puerta al foro. Esta puerta es de dos hojas y está adornada con clavos romanos y gran aldabón. Abierta de par en par, deja ver la enorme amplitud de un horizonte despejadísimo. A la derecha, en primer término, otra puerta pequeña, que conduce a las habitaciones interiores. En el segundo término, ancha escalera de madera y fábrica, que da acceso al piso superior. A la izquierda una puerta de una sola hoja ancha, casi cuadrada, entre un gran armario de encina, oscuro y brillante y un viejo vargueño. El zaguán recibe la luz por una ventana que rompe el muro a la izquierda de la puerta del foro. Esta ventana, abierta también, muestra entre los hierros de la reja un gran ramo de romero y oliva. Y sobre el alféizar unos tiestos de geráneos. Al lado de la ventana, un velador con tapete de crochet Pendiente del techo y en el centro del zaguán, una lámpara de petróleo. Sobre las paredes blanqueadas y limpísimas, una estampa de la Virgen, un aguilucho disecado, un perrito de lanas bordado en realce con su cristal y su marco de papel dorado, y un retrato de Isabel II. Sobre el vargueño, una muñeca vestida de monja, dentro de un fanal; una caracola y unos candeleros de bronce. Convenientemente distribuídos por la escena, mecedoras, sillas de mimbre, un gran banco semejante a los que se usan en las iglesias y un arcón de nogal. Son las once de una mañana de verano. La alegría del sol inunda el zaguán.

—

(Comienza la acción. Está CARMEN en la puerta del foro, mirando hacia el camino. DOÑA RAMONA baja por la escalera.)

Carmen Las diez ya y ese hombre sin venir.

Ram. Bendito don Ladis... Nada, ¿verdad? (Al ver que Carmen mira hacia fuera.)

Carmen ¡Nada! No se le ve. Y eso que dijo a María que venía corriendo.

Ram. Es tan loco... Ya sabes su teoría. «Si para lo que se me llama no tiene remedio, ¿qué falta hago yo? Y si tiene remedio, que esperen un poco, porque si no da espera, es que no tiene remedio...» ¡Qué bien!

Carmen A mí me pone nerviosa esa calma suya.

Ram. A mí me indigna. Ya ves tú. ¿A que llegan ellos antes y no podemos hablar con él?

Carmen Claro. (Pausa.) ¡Ya viene! (Sigue mirando desde la puerta del foro.)

Ram. ¡Gracias a Dios!

Carmen Pero lo que es corriendo... Sí, sí. ¿Pues no se ha parado otra vez? ¡Don Ladis!... ¡Es usted imposible! (Hablando a gritos con el médico que entra poco después.)

Ladis (Entrando.) Muy felices días.

Ram. ¡Don Ladis de mis pecados!...

Ladis ¿Qué le pasa a usted, mi querida doña Ramona? ¿Y a ti, Carmencita? ¡Qué les pasa a ustedes, vamos a ver!...

Ram. Nos pasa, en primer término, que estamos enfadadísimas. Ocho recados en veinticuatro horas y usted sin venir.

Carmen Si mandamos el aviso en peligro de muerte, llega usted a las misas.

Ladis Pero como yo sabía que gozaban ustedes de perfecta salud, pude irme tranquilo de conciencia al «Carrascal» a tirar unos tiros a las codornices, con Iglesias y el sastre...

Ram. (Interrumpe.) Y en tanto, al cuidado de los enfermos la Providencia, ¿verdad?

Ladis ¿Y quién mejor que la Providencia puede interesarse por la salud de los enfermos? (Ríe.) Además, yo tengo la teoría de que...

Ram. (Interrumpe otra vez.) Ya conocemos su teoría.

Carmen Muy cómoda.

Ladis ¡Vaya!... Bueno. Al asunto. (Queriendo desviar la conversación hacia otro tema.) ¿Qué pasa por aquí? ¿Qué significa esta urgencia? ¿Dónde está el enfermo? ¿Está usted mala, doña Ramona? ¿Estás tú mala, Carmencita? ¿Está malo don Andrés?

Ram. No. Ni Andrés, ni Carmencita, ni yo.

Ladis ¿Quién entonces?

Carmen Pepe...

Ram. Mi sobrino Pepe.

Ladis ¿Cómo Pepe? ¿El artillero? ¿El de Madrid?

Ram. El de Madrid.

Ladis ¡Caramba, hombre, caramba! Ya habrá hecho sus ocho años que estuvo por estos andurriales la última vez.

Ram. Más... Usted calcule. Le hemos recibido con los brazos abiertos.

Ladis ¡Con los brazos abiertos!... (Mirando a Carmen.) ¿Qué le parece a usted?

Carmen Naturalísimo.

Ram. Viene enfermo el pobre.

Ladis Pero, caramba... ¿Enfermo el artillero? En los tiempos de mi juventud los artilleros no estaban malos nunca.

Carmen Pero como cambian los tiempos.

Ladis Vaya por Dios. ¿Y qué es ello? ¿qué es ello? (Se sientan.)

Ram. Cosas de Madrid. Cosas de esa vida atropellada, llena de peligros, inquieta, nerviosa...

Ladis Vamos, neurastenia.

Ram. No. No es eso, don Ladis; no es eso.

Carmen ¿La neurastenia, no es cosa de mujeres?

Ladis No hijita, no... La neurastenia, es cosa... de volverse loco.

Ram. Parece ser, según el mismo Pepe nos ha contado, que por cuestión de faldas—y ¡sabe Dios que faldas serían esas faldas!...

Ladis Lo sabe Dios y yo me lo figuro.

Ram. Eso... Pues que tuvo una cuestión grave con otro muchacho. Pepe, es violento, es agresivo, no tiene cabeza En fin, que se batió...

Carmen ¿Ha visto usted qué disparate?

Ladis (Alarmadísimo.) Pero, ¿cómo? ¿Es que viene herido el pobre Pepe? ¿Y cómo no me han avisado ustedes antes? Vamos, vamos allá...

Ram. No; no está herido. Ya no está herido. Le herida curó. Pero los médicos de Madrid, la han aconsejado el reposo. el aire libre, la paz. Y aquí viene a buscar todo eso. Porque se acordó de que no estaba solo en el mundo. Se acordó de que en este rincón de la

tierra le aguardan siempre sus tíos que le quieren mucho.

Ladis ¡Caramba, caramba! ¡Eso es una cosa muy seria!

Carmen ¿Le parece a usted? Si hace falta no estar en su juicio.

Ram. Estar loco, loco de remate.

Ladis ¡Madrid, Madrid! (Sentenciosamente.) La ciudad de la perdición y del desequilibrio. Yo supe allá en mi juventud—¿eh?—huir de los peligros de la sirena que cantaba cerca de mí. Madrid es el verdugo de los espíritus dóciles a la sugestión. Mi espíritu lo era. Yo lo sabía. Por eso rehusé la batalla. Por eso huí del verdugo. ¡Ah! Mi juventud... (Transición.) En fin, ¿dónde está ese chico?

Ram. Anda con Andrés por la huerta.

Ladis Pero, ¿no está en la cama?

Ram. No, no. Si su aspecto es excelente. A ratos... Si usted le viera... Se fatiga mucho, palidece. Parece un muerto, don Ladis. Y yo me asusto. Y me da muchísimo miedo. ¡El pobre!

Ladis Señora. Ya le veremos, ya le reconoceremos, y ya sabremos la verdad, sea la que sea.

Ram. Sí, sí. Eso es. Eso es lo que quiero yo.

Carmen Pero... Hay un pero, ¿sabe usted don Ladis?

Ladis ¿De qué se trata?

Ram. No quiere que le visite médico alguno. En cuanto llegó le hablamos de esto. Le dijimos que era preciso que usted... Sí, sí. Se puso por las nubes. Son atroces estos muchachos de hoy. Indomables, irreductibles. Ni consejos, ni mandatos, ni nada.

Carmen Dice que ha venido aquí a curar su espíritu. ¿Ha visto usted?

Ladis ¡Su espíritu! ¿Han oído ustedes? ¡A curar su espíritu! ¿Qué significa eso?... ¡Madrid! ¡Madrid!... La ponzoña, la corrupción. Esta es la obra de Madrid.

Ram. Vamos. Puede usted creer, don Ladis, que ayer mismo, fatigado del tren y ya dadas las doce de la noche, se marchó a la calle? ¡Vamos! ¡Vamos!

Carmen Eso... eso no tiene nada de particular. ¿Por qué no había de salir?

Ram. Hija, por Dios.

Ladis Afinidades de la juventud. (Sentenciosamente.)

Ram. Salieron a la calle. Se metieron en el Casino su tío y él y ¡han venido a casa a las cuatro! A las cuatro, don Ladis. Pasó lo que tenía que pasar.

Ladis Lo que tenía que pasar... (Asintiendo.)

Carmen Pues si es eso lo que tenía que pasar, ¿de qué se extrañan ustedes?

Ladis No es extrañeza, Carmencita. Es indignación. ¡El Casino! ¿Quieren ustedes decirme en virtud de qué derecho están abiertas las puertas del Casino a las cuatro de la madrugada? ¿En virtud de qué derecho? ¿Eh? Aquí tienen ustedes la obra del monterilla liberal. Hacer que trasnochen los vecinos. Porque, naturalmente, que si el Casino estuviera cerrado... ¡Yo no puedo con estas cosas! Pero, ¿y don Andrés? ¿Qué dice don Andrés? Tan íntegro, tan moral, tan incorruptible...

Ram. Nada. Le parece naturalísimo todo lo que hace Pepe. Figúrese usted qué va a decir el pueblo de todos nosotros.

Carmen A mí me parece que ustedes exageran. En el Casino, ¿qué iban a hacer de malo? (Va hacia la puerta a cada momento. Como esperando impaciente la llegada de alguien.)

Ladis Ya es bastante malo—y ahora hablo en nombre de la higiene y la moral— recogerse a las cuatro de la mañana del día siguiente, ¿eh?

Ram. Dice Andrés que Pepe se puso a enseñarles cómo se juega en los Casinos de Madrid. Un juego con unas cartas francesas.

Ladis ¡Sí!... ¡Sí!... Conozco ese juego. Sería el *bacarraz* seguramente. El *bacarraz*. ¡Muy bonito!

Ram. Eso. Eso dijo que era.

Carmen Callen ustedes. Que viene. (Muy jubilosa.)

Ram. ¿Viene Andrés?

Carmen Viene... ¡Qué gracioso! Viene Pepe con don Damián. Miren ustedes. Miren ustedes qué paso. Pepe lleva el quitasol. Y se ríe. (Cambiando de tono. Ahora habla con pesadumbre.) ¡Viene también mi padre! Lo de mi padre sí que es cosa mala, don Ladislao...

Ladis Este diablo de hombre va a arder... Vaya. ¡Dios nos asista!

Ram. ¡También tu padre!

Carmen Ya me han visto.

Ram. A la discreción de usted confío mi empeño. A ver qué tiene ese chico y a ver si se cura.

Ladis Esté usted tranquila, doña Ramona. Le curaremos. Pues ya lo creo que le curaremos.

Carmen Yo me voy. Me da miedo mi padre.

Ladis ¡Pobre criatura. Vete, vete.

Ram. Vete. También tu padre es una cruz.

Ladis Un calvario, doña Ramona. Lo que se dice calvario.

Carmen ¿No hay nada para esa perdición, don Ladis?

Ladis Que cierren las tabernas. Hay que cerrarlo todo, todo.

Carmen Hasta luego.

Ram. Adiós, hija mía.

Ladis ¡Pobre criatura!

(Entran por la puerta del foro, PEPE del brazo de DON DAMIÁN, viejo párroco del pueblo. Ambos se libran de los rayos del sol, bajo la sombra de una enorme sombrilla encarnada, que lleva Pepe. A pocos pasos de ellos, GONZÁLEZ. Es el padre de Carmen. Viste el uniforme de jefe de estación. Se tambalea ligeramente a los embates de su habitual embriaguez.)

Damián Santos y buenos nos los dé Dios, mi señora doña Ramoncita: mi señor don Ladis.

Ram. Don Damián, ¿cómo usted por aquí a estas horas?

Pepe ¡Ea! Ya estoy de vuelta.

Gonz. (Grave.) Buenas tardes... No... Buenos días.

Ram. (Secamente.) Buenos días.

Pepe Hecho un roble. Lo que se dice un roble. Dejé al tío en la huerta, riñendo al hortelano porque no regaba y me fuí al pueblo.

Ram. Pepe, mira quien está aquí: don Ladis. ¿No te acuerdas de don Ladis? El doctor.

Pepe ¡Caramba! Ya lo creo. Y hasta me parece que le saludé anoche en el Casino.

Ladis Perdone usted. No es posible que nos saludásemos en el Casino. Yo no trasnocho. Es muy malo, higiénicamente y moralmente.

Pepe ¿No fué el médico? No... El médico es us-

ted. ¡Claro! Si le recuerdo a usted perfectamente.

Damián Don Ladislao Maturana. (Presentándole.)

Pepe Ya lo creo. ¡Don Ladis!...

Gonz. Menudo es don Ladis. Menudo. Buen *peje*.

Ram. ¡González!... (Pepe habla en un lado de la escena con don Ladis.)

Gonz. ¿He faltado a alguien? ¿Eh? ¿O es que no se puede decir que don Ladis es un *peje?* ¿He faltado, doña Ramona?

Pepe ¿Usted faltar? No, hombre, no. ¿Verdad que no, querido médico?

Gonz. ¡Hay que ver! También aquí, don Pepito, es menudo. Otro *peje*... ¿Falto? ¿Se puede decir *peje?* Bueno... (Nadie le hace caso. Don Ladis, doña Ramona y don Damián hablan quedo y miran a Pepe.) Hay que ver. Anoche se hizo el amo de Villatoro esta criaturita... El amo, señor... Lo que se dice el amo...

Ladis (A Pepe.) ¡Ya!... ¡Ya sabemos que estuvieron en el Casino hasta las tantas!

Pepe Sí, sí... (Ríe.) Menudos «pejes», como dice González.

Damián Pasamos una noche agradabilísima.

Ram. ¿Pero usted también, don Damián? (Asombrada. Sorprendida.)

Pepe Pues ya lo creo.

Ladis ¡Padre cura! ¿Usted también?

Gonz. Menudo es don Damián. ¡Menudo!

Damián El diablo de Pepe tuvo la culpa. Se empeñó en que había de acompañarle... Y ¡yo no sé!... Tienen una fuerza sus ruegos, es la suya una simpatía atrayente... Nada, no hay más remedio que dejarse convencer... Ni protestas, ni razones... Le digo a usted que nada.

Ladis (Dándolas de suspicaz.) Conque *bacarraz* hasta la madrugada, ¿eh?

Damián Yo no. Yo miré nada más.

Pepe Y apuntaba usted.

Gonz. Vaya si apuntaba. ¡Apuntaba! ¡Apuntaba!

Ram. ¿Qué es eso de apuntar? (A don Ladis.)

Ladis ¡Encenagarse! (A doña Ramona.)

Damián Apuntaba con dinero del juez, ¡la verdad! El por respeto a su significación no quería...

Gonz. Como siempre. El juez... menudo... Cuando hay monte, por la feria, suspende la partida si pierde, porque dice que es una falta al principio de autoridad... Menudo... Menudo es el juez. Anoche ganó... Y yo también gané. Gané treinta y cinco machacantes. Eso. Treinta y cinco machacantes. ¡Treinta y cinco!

Ram. Es usted de lo más ordinario... Machacantes, dice . ¡Y se queda tan fresco!

Gonz. ¿Es que no se puede decir machacantes?

Ram. Calle usted. Calle usted.

Ladis Cosa perdida.

Pepe Ya ve usted lo que dice don Ladislao.

Gonz. Don Ladis. Aquí le llamamos don Ladis... Pues don Ladis es el pendonazo más prestigioso de la Villa... Es el pendonazo más prestigioso de la Villa...

Ram. ¡González!

Gonz. ¿No se puede decir pendonazo? ¿No se puede decir?

Damián ¡Jesús!

Pepe ¡Qué atrocidad!

Ram. ¡González! ¡González!...

Gonz. ¿Qué? ¿He dicho alguna barbaridad?... Perdóneme usted, doña Ramona... Perdóneme usted... Yo me exalto... Todo el mundo se exalta, ¿no? ¿Hablo bien ahora? ¿Molesto ahora?

Ram. ¡Vaya! Hemos acabado... ¿No tiene usted deberes que cumplir en la estación?

Pepe Pero, ¿no sabes? Se ha levantado de la cama después de pasar el exprés de Madrid.

Gonz. Claro. ¿Cómo iba a madrugar?... Hemos salido del Casino... ¿A qué hora hemos salido del Casino?... Pero si nunca pasa nada. . Eso de las catástrofes es cosa que inventan los médicos para perjudicar a los jefes de estación. (Mira receloso a don Ladis.)

Pepe Es gracioso.

Ladis A mí no me hace gracia, la verdad.

Damián ¡Pobre!

Ram. Es demasiado. Es demasiado.

Ladis Es demasiado... vino.

Gonz. ¡Mecachis! (A don Ladis.) Tengo ganas de que aprenda usted a jugar al bacarrat.

Pepe Qué duda cabe. Don Ladis será de los nuestros. ¿Verdad, doctor?

Ladis ¡Oh! A mí esas cosas me desagradan mucho... mucho.. El *bacarraz*... (Despectivo.)

Gonz. No le haga usted caso. Ya verá usted cómo sí. Y en cuanto juegue le gano la hijuela. Esas tierras, adquiridas a costa de la salud del vecindario... para González. (Al grupo.) Y que yo las disfrute con salud.

Ram. Vaya, González. Basta ya. Márchese usted.

Gonz. (Que no ha apartado los ojos de doña Ramona, desde sus últimas palabras. Acongojadísimo.) ¿Me echa usted a la calle, doña Ramona? Me echa usted como a un perro. A la calle, González, que te echa doña Ramona. Y hace bien, González... hace bien... Duro... ¿Sabes quién tiene la culpa? Pues tu hija, González. Tu hija que es una chismosa y dice que es hija de un perro. Tu hija. Una perra. Pero a esa perra no la echan a la calle. (Muy conmovido.) A esa perra no la echará usted, ¿verdad, doña Ramona? (Llora.) Menuda es, doña Ramona.

Pepe Vamos, vamos. ¿Qué es eso?

Ram. Vaya por Dios.

Gonz. La vida.. ¡Bueno!... ¿Somos amigotes? ¿Le he ofendido a usted, don Pepe?

Pepe Por Dios, González. Amigotes toda la vida. Pero hay que beber menos, González. Eso que hace usted está muy mal.

Gonz. ¡Si es lo que yo digo!

Ram. Bien. Vaya usted con Dios.

Gonz. A la calle los perros. ¡A la calle! (A Pepe.) ¿Irá usted al Casino?

Pepe Iré.

Gonz. Usted es un hombre. (A don Ladis.) ¿Irá usted al Casino?

Ladis ¡No señor! (Rotundamente.)

Gonz. (A Pepe.) ¡Irá! (Al grupo.) Ustedes dispensen que me vaya. Tengo que dar la salida al correo dentro de veintiocho minutos. Ustedes dispensen... doña Ramona... don Ladis... Padre cura... don Pepe... ¡Menuda gentecita!... ¡Menuda! Buenas tardes.. No.... Buenos días... Eso. Buenos días. (Sale por el foro murmurando y repitiendo las últimas palabras.)

Pepe ¡Delicioso! Este González es lo más pintoresco que he conocido.

Ram. A mí me impresiona cuando se enternece de verdad. Porque no es malo.

Damián Dios le salvará.

Ladis Es una cosa horrible. Es una cosa insoportable. Y yo le estimo. Pero es el demonio. Y ¡el demonio que le aguante!

Pepe ¡Bah! Si no toleramos las imperfecciones morales de nuestros amigos, ¿con qué derecho podemos exigir tolerancia para las nuestras? ¿Dónde hay un hombre sin imperfección?

Damián Verdad. Mucha verdad.

Pepe Seamos indulgentes, don Ladis. Seamos indulgentes. Si Dios es tolerante, la tolerancia nos acerca a Dios, ¿verdad, Padre cura?

Damián Dice usted bien. Seamos indulgentes, que al indulgencia propia dulcifica los defectos ajenos. Transijamos, porque así llegaremos a suponer bondades donde no las hay. Y es un gran placer descubrir bondades... Y si me apuran ustedes un poco digo que hay que ser transigentes por egoísmo. Es la verdad. Es la verdad...

Ladis No. Si yo transijo.

Damián (Que atisba por la puerta de la izquierda y ve llegar a don Andrés.) A ver qué opina don Andrés.

Ram. ¿Viene?

Ladis A don Andrés todo le parece admirable. Pero es que don Andrés es un santo.

Ram. Si la santidad consiste en disculpar todos los defectos, un santo es mi marido.

Pepe Santo de los pies a la cabeza.

(Entra DON ANDRÉS muy cachazudamente por la puerta del foro. Viene enjugándose el sudor. Trae en la mano un sombrero de paja que abandona sobre una silla.)

And. ¡Caramba! Tanto bueno por aquí. Tengan ustedes muy felices y muy confortables días. (Don Andrés saluda a todos.) ¿Diste ya tu paseo, Pepe?

Pepe He recorrido Villatoro de punta a rabo.

And. Eso es. Así puede decirse. «Villatoro de punta a rabo.» Pues mira. No se me había ocurrido a mí esa frasecita.

Ladis De punta a rabo... (Con sorna descentralizadora.) Un chistecito al estilo de Madrid. (Se oye la campana de la iglesia. Llama a la misa. Es el primer toque.)

Ram. Esta misa de once la dice el coadjutor, ¿verdad, señor Cura?

Damián Sí; así viene sucediendo desde hace años. Pero hoy es esa mi misa. Con la broma del Casino no he madrugado. Hoy ha dicho el coadjutor la de alba... que es la mía.

Ladis Vamos. ¿Qué les parece a ustedes?

And. Naturalísimo. ¿Verdad, Pepe, que naturalísimo?

Pepe Naturalísimo. Yo creo, padre cura, que desde ahora en adelante debe ser esta la misa de usted, ¿eh, tío?

Damián No, no. Lo de anoche no puede repetirse. ¡Qué diría mi rebaño!

And. Deje usted al rebaño, que no ve lo que hace el pastor.

Ladis Eso es verdad. (Aparte a doña Ramona.) Fíjese usted que le estoy observando. Y muy detenidamente. El color no es bueno.

Ram. ¿Y de qué será eso, don Ladis?

Ladis Debe de ser de que ha dormido poco.

Pepe Si viera usted, tía, lo que yo me divertí anoche con las cosas de González y aquel otro señor... ¿Quién era aquel otro señor? (A don Andrés.) Uno con gafas negras, muy nervioso, muy alborotado, que daba puñetazos sobre el tablero.

And. El boticario. Sí, hombre, sí. El boticario.

Ram. ¿El boticario?

Ladis (Asustado.) Pero, ¿también el boticario?

Pepe A mí me llamó la atención el hombre de las gafas negras. Y pensaba: ¿Qué usará este hombre a las doce del día?

And. ¡Anteojeras! Es un mulo de noria.

Pepe ¡Qué de golpes con el puño! Y qué cosas le dijo Mariano, el albeitar.

Ram. Yo no sé cómo les divierten a ustedes esas cosas.

And. Como te divierten a ti las novenas y la repostería.

Damián ¡Don Andrés! ¡Don Andrés!...

And. ¿Te digo algo porque nos des todos los días

arroz con leche?... (A don Damián.) Bueno, pater. No quiero que le entretengan a usted más. La misa de alba la dijo el teniente cura, ¿no? A ver si la de once tiene que decirla ¡el teniente de la Guardia civil!

Damián ¡Jesús, Jesús!

Ram. Pero, ¿por qué dices atrocidades?

Pepe El tío es un hereje, ¿no?

Ladis Aquí lo único compatible con la moral es el tapete verde. ¡Muy bonito!

And. Usted jugará. Usted jugará.

Damián (Despidiéndose.) Mi señora doña Ramona. Mi señor don Andrés. Pepito...

And. Hasta luego, pater. (Han formado momentáneamente dos grupos. En uno de ellos, don Damián se despide de Pepe y de don Andrés. En otro, don Ladis cuchichea con doña Romana.)

Ladis Muy malo, no me parece a mí que está. (A Pepe.) Pues nada, Pepe. Porque yo le llamo a usted Pepe.

Pepe Admirable, doctor. Soy su amigo... Aunque a usted le guste acostarse temprano. El que usted trasnoche es cosa mía.

Ladis No. Eso no. Conque, repito, Pepe, y a cuidarse. Hay que cuidarse. Díganle ustedes que hay que cuidarse.

Pepe Todos los médicos dicen lo mismo. Son ustedes desinteresados, ¡qué caramba!

Ladis Hasta luego.

Ram. Que el Señor les guíe.

And. Vayan ustedes con Dios.

(DON DAMIÁN y DON LADIS hacen mutis por el foro. Ahora lleva el médico el quitasol. A poco de salir ambos óyese el tercer toque para la misa.)

Pepe ¡Son simpatiquísimos! ¡Qué gracioso! ¡Juntos el cura y el médico! ¡La última hora!

And. ¿Y qué mala yerba ha pisado don Ladis para que tan de mañana haya venido por aquí?

Ram. (Que disimula lo que puede.) Nada. Qué sé yo... Que al pasar... A mí me parece naturalísimo. Aún no había saludado a Pepe.

Pepe (Suspicaz e irónico.) Yo estoy seguro de que la visita era para mí. Visita de médico. Estoy seguro. Habrá llegado a ese buen hombre la noticia del lamentable estado de mi sa-

lud y quiso verme. (Intencionadamente.) ¿Verdad, tía?

Ram. Me figuro que no supondrás que he sido yo...

And. (Que conoce a doña Ramona desde hace treinta años.) Ella no le ha avisado. (Incrédulo.)

Pepe Pero... Si yo se lo agradezco a usted mucho... Muchísimo. Hasta me conmueve un poco su interés por mí. Me atiende usted más de lo que yo merezco. (Ríe.) ¡Qué pena es el estar poco tiempo entre ustedes!... ¿Cuánto? No lo sé.

Ram. ¿Quién piensa en irse, Pepe? Si vieras... Tú has venido a buscar la paz que te faltaba. Y a nosotros, tan quietos siempre aquí, nos ha venido a visitar con tu persona lo que no teníamos. Somos ya viejos. Dios nos negó hijos. Contigo al lado podemos hacernos la ilusión de que eres hijo nuestro. ¿Verdad, Andrés?

And. Verdad. Y no creas... En esto hay un punto de egoísmo, ¿sabes? Yo quiero que tomes a tu cargo los negocios. Así, cuando la pícara muerte nos obligue a emprender el último viaje, que será el primero, porque no hemos viajado nunca, lo tendrás bien conocido.

Pepe Pero, ¿qué están ustedes diciendo? ¿Qué locuras son esas? Morir. ¿Quién piensa en morir? Ademas, ustedes se olvidan de que yo no me pertenezco; de que la licencia... Afortunadamente aun me queda mucho tiempo de licencia. Después...

And. Después te quedarás.

Ram. Después... te quedarás.

Pepe Si yo estoy encantado. Me parece que camino al revés en la vida. Por sobre la muerte. Y que a lo largo de este camino inverso encuentro a mi madre... Usted. (A doña Ramona.) A mi padre... usted. (A don Andrés. Un momento se pone triste y en seguida retornan a la frivolidad.) Ea. Ya tienen ustedes un hijo. Tienen ustedes dos hijos. Carmen y Pepe. Carmen es una hermana como una flor. Tan buena. ¡Y qué calamidad es su padrecito!

And. Supongo que te referirás a González.

Pepe ¡Pero tío, por Dios! Naturalmente. He dicho su padrecito. Usted es nuestro padrazo.

Ram. La pobre... Si vieras tú... Cuando conseguimos que González nos la dejase en casa, figúrate qué buena moza sería. Hace siete años ya. ¿No son siete años, Andrés?

And. Justamente siete años hizo el día de San Ramón. Tu fiesta onomástica. Carmen fué mi regalo, ¿te acuerdas?

Pepe Ah, ¿sí?

Ram. Las cosas de este.

And. (Súbitamente triste.) Pero ya pronto, Carmen...

Ram. (Lo mismo.) Se nos va...

And. Nos la reclamará su marido...

Pepe ¡Ah! ¿De manera que tiene novio formal?

And. Todo lo formal que puede ser un novio.

Ram. Formalísimo. Como que Mariano quiere casarse en septiembre. Mariano, el albeitar...

Pepe ¡Vaya por Dios! Pero, ¿es Mariano? No parece un gran talento el chico.

And. Claro que no. Es un animal Lo que se dice un animal. (Carmen sale cautelosamente por la puerta de la derecha. Asoma la cabeza y dice:)

Carmen ¿Se fué ya papá?

And. ¡Hace una semana, hijo mío!

Carmen ¿Se fué solo?

And. Con... eso. Ya sabes...

Carmen ¡Qué martirio!

Ram. ¿Y para qué te atormentas tú? Dios no le dejará de la mano.

And. Claro. Como que si le dejara se rompería la cabeza cada cinco minutos.

Carmen Usted, (A don Andrés.) está haciendo falta en el corralón. La Bonita ha dado una coz a la jaca torda. Y dice Mateo que a ver a quien engancha en el trillo.

And. A él. A él. Naturalmente. ¡Mira que la Bonita!... Voy, voy... ¿Ves tú?

Carmen Ya han avisado a Mariano. (A Pepe.)

And. Esto será desde muy pronto cosa tuya. Y tú te entenderás con la Bonita y con Mateo, que es peor.

Ram. Voy contigo y... yo le diré a ese zángano cuantas son tres y dos.

And. Si te digo que... (Salen don Andrés y doña Ramona por la izquierda. Una pausa.)

Carmen ¡Qué locos!... A fe que Mateo es una gran proporción...

Pepe Pero, ¿es que no hay mozos en Villatoro?

Carmen No lo tome usted a broma. No los hay. Todos los que tienen algún desparpajo se van a Buenos Aires.

Pepe Y claro, como los que quedan no tienen desparpajo...

Carmen Eso, eso. Ya verá usted cómo Mateo acaba por emigrar... Qué de cosas le estará diciendo el tío.. Tiene un humor... La tía, en cambio, lo ve todo negro. Si nos dejásemos llevar de sus pesimismos, sería la casa una desolación. Gracias a que el tío Andrés nos alegra un poco.

Pepe El tío y usted que es la juventud, la vida, el optimismo entre estas cuatro paredes que nos agobian bajo su horrible gravedad.

Carmen Yo, no. Yo no soy alegre. ¡Pobre de mí!..

Pepe ¿Es que va usted a ponerse tonta, como decimos por allá? ¿O es que quiere usted que dé suelta a todas las palabras de elogio que usted se merece? Pues va usted a oirme.

Carmen Pero, si yo no digo nada...

Pepe Peor que peor.

Carmen ¿Voy a alabarme yo misma?

Pepe No es necesario. A usted la alabamos todos, porque para hablar de usted son precisas las alabanzas. Hace poco era la tía Ramona quien...

Carmen ¿Y usted no?

Pepe Yo no. Pude haber añadido por mi cuenta unas cuantas frases. Pero, la verdad, tiene usted desde mi particular punto de vista un grave defecto. Y este defecto la priva a usted de todas mis simpatías, cosa que en último caso no ha de impedirla seguir viviendo en paz y en gracia de Dios.

Carmen ¡Qué cosas!... (Pausa.) ¿Conque un defecto?

Pepe Grandísimo.

Carmen Tengo tantos... Pero, vamos a ver, ¿qué defecto es ese?

Pepe ¡Oh!.

Carmen ¿Que no pronuncio bien las *uves*?

Pepe Carmen, por Dios...

Carmen ¿Que no madrugo?

Pepe ¡Si esa es una de mis virtudes!

Carmen Bueno. No sigo. Son tantos...

Pepe Su defecto mayor es... el novio...

Carmen ¡Ah! Pero, ¿es que tener novio es un defecto?

Pepe No Pero que tenga usted ese novio, sí.

Carmen Nada. Que no puedo contestarle a usted. Yo no sé si su novia es un defecto o una virtud. Supongo, desde luego, que es una virtud.

Pepe La mayor virtud. Porque yo no tengo novia.

Carmen Más vale así.

Pepe ¿Y por qué?

Carmen Porque pensaba devolverle a usted su frase. (Transición) ¡El pobre Mariano!... Pero, ¿usted le conoce?

Pepe Le conocí anoche en el Casino. Es el albeitar, ¿verdad?

Carmen Sí... sí...

Pepe Me fijé en él porque me había compuesto otro tipo de albeitar. Ya sabe usted... Cada uno tenemos distinta visión de los hombres-tipo. A mí se me figura que todos los curas de pueblo tienen que tener el pelo blanco y suave y andar un poco inclinados hacia la tierra; que todos los alcaldes han de ser muy brutos; que todos los posaderos han de ser muy gordos y llevar unas camisas a cuadros y la cabeza al aire; que todas las viejas lavanderas han de vestir de luto...

Carmen Eso... eso .. Y a mí también... Y es así como son.

Pepe Bueno. Pues Mariano... ¿No se llama Mariano?

Carmen Mariano. Sí.

Pepe Pues Mariano no corresponde al tipo que yo adjudicaba a su profesión. Sobre su figura cabe suponer un telegrafista, un pasante de colegio, un mecanógrafo o el hijo de un cacique que tiene el grado de bachiller... Claro está que mi hipótesis le favorece hasta ahora.

Carmen Entonces...

Pepe Es que por dentro... es tal y como yo me lo figuraba. Por dentro, sí. No hay más que oirle abrir la boca.

Carmen Pues es un chico muy inteligente. Inteligentísimo,

Pepe Por Dios, Carmen. Yo le niego a austed el derecho a juzgar la inteligencia de Mariano. Tampoco yo quiero juzgarla. ¡A la «Bonita» del trillo es a la que habrá que oir!

Carmen Resueltamente es usted terrible. Y menos mal que habla usted en broma. Tiene usted tan buen humor como el tío Andrés.

Pepe Bueno, ¿vamos a hablar seriamente? ¿Sí? Yo la miro a usted como a una hermana de verdad. Quisiera que su dicha fuera eterna, segura, amplia. Y no creo que esté usted camino de una dicha como la que yo quisiera para usted. Ahora estoy hablando muy seriamente. Y digo que tengo la impresión de que ese chico es indigno de usted.

Carmen Pepe. (Herida.) ¡Pepe! (Suplicante.) Indigno de mí... ¡Qué cosas dice usted!... ¿Por qué es indigno de mí?

Pepe Bueno... indigno... (Vacilante. Luego resuelto.) Pues sí... indigno de usted. Esa es la palabra. El error está en la interpretación... Mariano... ¿Me permite usted que le llame Mariano?

Carmen Y ¿cómo si no?

Pepe Bien. Pues Mariano es un chico de una absoluta vulgaridad; zafio y torpe, (Transición.) y usted es una muchacha de inteligencia excepcional, de distinción espontánea, de belleza rotunda..

Carmen ¿No habíamos quedado en que yo estoy lejos de la simpatía de usted?

Pepe Es que yo no he dicho que usted me sea simpática.

Carmen ¡Ah!

Pepe Hablo de su inteligencia y de su distinción y de su cara linda, como podría hablar de sus ojos azules y de sus manos pequeñas y sus cabellos de oro. El que usted sea inteligente y distinguida y guapa, es como el que sea rubia y menuda. ¿Qué culpa tiene usted de todo eso?

Carmen (Ríe.) Es verdad. Como el que usted sea artillero. Usted no tiene la culpa.

Pepe Menos aún. Bueno. Quedamos en que us-

ted es guapa, inteligente, distinguida y él vulgar, ordinario y, qué sé yo... ¿La merece a usted? No, Carmen, no. Y usted lo sabe.

Carmen Es usted cruel. Porque ¡aun siendo ciertas todas esas cosas, ¿qué se propone usted con decírmelas? ¿Por qué no me deja usted vivir mi sueño si es un sueño mi felicidad?

Pepe Además. Creo que usted piensa de mi mismo modo.

Carmen ¿Usted cree eso? ¿Usted me cree a mí capaz?

Pepe (Interrumpe.) No, Carmen. Yo creo que usted está convencida de que quiere a Mariano. Usted se figura que Mariano es un chico de lo corriente, como esos que se van a Buenos Aires, y que se ha quedado aquí por amor a usted.

Carmen Claro. Como que ya tuvo el billete para embarcar si yo no le quería. Y vino a decírmelo... Y me dió una lástima de Mariano... Una lástima...

Pepe Tanta lástima que por lástima accedió usted a dejarse amar. (Carmen va a interrumpirle. El sigue sin hacer caso de la interrupción de Carmen.) Yo tengo la fatalidad de llamar a las cosas por su nombre. Usted me ha inspirado una simpatía extraña. Y claro está... me indigna verla a usted, inteligente, buena, exquisita, próxima a caer en manos de ese cernícalo.

Carmen ¡Pepe!

Pepe Ya la he dicho que llamo a las cosas por su nombre.

Carmen No se trata de una cosa... Se trata de una persona.

Pepe Usted es muy dueña de creerlo así.

Carmen (Transición.) Usted... Usted no conoce mi vida. Era yo tan chica cuando murió mi madre, que no tengo de ella ningún recuerdo. Mi padre... Ya conoce usted a mi padre... A su lado, desamparada de todo afecto, vi cruzar por mi casa muchas mujeres. Figúrese usted qué mujeres... Y así pasaron los años de mi vida, a través de todas las vergüenzas, de todos los dolores, hasta que sus tíos de usted me sacaron de allí, como la Virgen del Carmen a un ánima del purgatorio.. Y vino

Mariano y me ofreció un cariño nuevo, y mío, mío, porque no era de limosna. ¡El único! Usted no sabe... El pueblo fué siempre mi enemigo... La sombra funesta de mi padre, llenaba de sombras mi vida. Y a través de esas sombras llegó Mariano hasta mí sin importarle que las mismas sombras le envolviesen. Y ahora siga usted razonando si encuentra usted razones. Ya sabe usted las que yo tengo para quererle.

Pepe ¿Usted cree entonces que el amor de ese muchacho es un sacrificio? ¿Usted cree que no se hubiese sacrificado por usted—¡qué sacrificio más grato!—otro hombre de mejor condición?

Carmen Sí. Lo creo...

Pepe ¡Bah!...

Carmen Usted no conoce Villatoro.

Pepe Conozco el mundo, que es algo más.

Carmen Conoce usted Madrid, que es algo menos. ¡Vaya!...

Pepe Eso, Madrid...

Carmen ¿Y usted cree que yo debía haberme ido a Madrid a buscar marido? ¡Qué cosa más graciosa!

Pepe A Madrid. ¿Y por qué no?

Carmen Se burla usted. ¿No tiene usted lástima de mí?

Pepe No, Carmen. Tengo envidia de él.

Carmen ¿De Mariano? (Sorprendida.) Tan insignificante...

Pepe De su felicidad. Tan completa...

Carmen ¿Y de la mía no?

Pepe Usted no será feliz. Porque usted no le quiere.

Carmen Bueno. Y después de todo, ¿qué le importa a usted todo esto?

Pepe ¿A mí?... (Oyense las voces de don Andrés y Mariano, que llegan. Instintivamente, Pepe se aleja de Carmen. Entran don Andrés y Mariano.)

Mar. (A don Andrés.) Sal y vinagre, don Andrés... Sal y vinagre. Eso no hace daño.

And. Tú eres un poco arcaico en los procedimientos...

Mar. Arcaico... Sí... sí... Yo soy arcaico. (Sin entender.) ¡Caramba! Don Pepito...

Pepe Querido Mariano. (Y dice la palabra en un tono francamente mortificante mirando a Carmen de través.)

Mar. ¿Qué tal va esa salud? Y usted perdone que yo le pregunte por la salud.

Pepe ¿Por qué he de perdonar? (Irónico.) Está usted en su derecho.

And. (A Carmen.) ¿Y tu tía? En el fogón, ¿verdad? ¿A que nos hace la forzosa con el arroz con leche?

Carmen ¿Pero a usted qué más le da? Si no le gusta, no lo coma.

And. No. Si es que esto ya es cuestión de amor propio. Vaya...

Mar. Siete pases... Siete pases... Abati con ocho tres veces seguidas...

Pepe Es usted afortunado en todo. Desmiente usted el refrán.

Mar. ¿Al refrán?

Pepe «Afortunado en el juego... Afortunado en amores». No hay derecho, querido Mariano.

Mar. (Que ríe a todo lo que dice Pepe.) Aquí, don Pepito, es célebre de veras. Y cuidado que sabe refranes. .

And. Ese lo sabe todo.

Mar. ¿Has visto, Carmen, lo que sabe don Pepito? Es que se vuelve uno tonto oyéndole. Y parece que siempre tiene razón... No, y la tiene; ya lo creo...

Carmen Sí... sí... Bueno está Pepe. Ha traído al pueblo la revolución.

And. Hablas como la tía...

Pepe Me ha llamado revolucionario... A mí... El amigo de la paz...

Mar. ¡Qué gracioso!... El amigo de la paz... Quisiera yo verle a usted en Madrid. Buena paz nos dé Dios. Tiene razón Carmen.

And. Unos tienen la fama...

Carmen Usted como es su tío, le defiende.

And. Y tú como has oído a tu tía... y como ayer no vino Mariano porque andaba loco con el bacarrat...

Pepe Basta... Tienen razón todos...

Mar. Todos... Pero, cuidado que es célebre... Dice que tienen razón todos...

Carmen Punto en boca...

Mar. Yo me voy.

And. ¿Ya?

Pepe Pero, hombre; esto ha sido visita de médico.

Mar. De albeitar nada más. (Ríe.)

And. Sal y vinagre, ¿no?

Mar. Sal y vinagre. Adiós, don Pepe. Que le esperamos a usted en el Casino... Adiós, don Andrés. (Habla un momento con Carmen.) Hasta luego.

(Carmen, acompaña a Mariano hasta la puerta del foro, fríamente. Apenas Mariano sale de escena, vuelve ella a donde está Andrés y Pepe, con paso lento, y sigue hacia la puerta de la izquierda, por donde en aquel momento, entra DOÑA RAMONA. Cuando indica el diálogo, salen don Damián y don Ladis, por el foro, rapidos y agitadísimos.)

And. ¿Que te parece, Marianito?

Pepe Lo mismo que a usted, ¿no?

And. ¡Pues, así es la juventud florida de Villatoro!

Pepe Hay que renovar esa juventud.

And. ¡Hay que renovarlo todo! Confío en que tú seas nuestro redentor.

Pepe Todo se andará. Europeicemos Villatoro.

And. ¡Cabal!

(Entran DON DAMIAN y DON LADIS.)

Damián ¡Le digo a usted que sí!

Ladis ¡No, don Damián, no!

And. Pero, hombre... don Ladis... don Damián... ¿Qué les ocurre?

Damián Pepe; mi querido Pepe. ¿Quiere usted convencer a este don Ladis de mis pecados?...

Ladis Pepito, hijo; quiere usted decirnos. Es esto *bacarraz*, ¿sí o no? (Enseñando a Pepe unos naipes franceses).

And. ¡Ya escampa!... ¡¡Hasta don Ladis!!

Pepe Sí, sí, bacarrat es.

(Doña Ramona y Carmen miran atónitas la escena.)

Carmen ¿No oye usted, tía?

Ram. ¡Este chico es el enemigo malo!

Ladis ¿*Se abate* con esto?

Damián Se *abate* con ocho. No sea usted testaturado.

Pepe Con ocho, don Ladis, con ocho y con nueve.

And. Pues claro, hombre.

Carmen ¡Pero señores!...

Ram. ¡Dios nos asista! Andrés, que es hora de almorzar, ¿quiere usted acompañarnos?

Carmen (Intencionadamente a don Andrés.) Tío. Tenemos arroz con leche.

And. ¿Arroz con leche? ¡¡Bacarrat!!

(Don Damián y don Ladis, discuten con Pepe. Don Andrés protesta ante doña Ramona y Carmen del dichoso arroz con leche y cae rápido el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

—

(Están en escena DON ANDRES, DOÑA RAMONA y DON DAMIAN. El tío cepillándose. La tía cose. El cura toma un vaso de leche).

Damián ...Y no es lo malo que se murmure. A mí me preocupa más perder el estómago. ¡Y es cosa perdida!

Ram. ¡Cosa perdida! Todo está perdido en Villatoro!

Damián ¡Exagera usted! ¡Exagera usted, doña Ramona! Sobre que no está el mal en las sugestiones de su sobrino, sino en la abulia de todos nosotros.

Ram. ¡Usted le defiende, porque es usted tan tolerante!... ¡Pepe es el enemigo malo!

And. ¿Ha visto usted, don Damián?

Damián Exageraciones... exageraciones...

And. Claro que sí. Cuando Pepe llegó a Villatoro, no tenías donde ponerle. Y ya ves tú si hay casa de más! Bueno. Pues ahora estorba, y sigue siendo la casa la misma.

Damián ¡Este don Andrés es de lo más pintoresco!...

Ram. ¡Y de lo más injusto!...

And. ¿Que? ¿No es verdad lo que digo yo?

Damián Hay veces que la verdad tiene que vestirse de mentira para no ofender, dicho sea sin agravio de mi sotana.

And. Si usted supiese lo que pienso yo para mi sotana también...

Damián Nada malo. Usted no agravia nunca, ni con el pensamiento... Porque en resumen, vamos a ver. ¿Cuáles son las culpas de Pepe?

Ram. ¡Una frioleral El Casino transformado en casa de juego.

And. Primer error. En el Casino se ha jugado siempre.

Damián ¡Verdad!

Ram. ¡Pero con barajas españolas, caramba!

And. ¡Ah, vamos!

Ram. Españolas; que es lo que hemos visto toda la vida.

And. Bueno. Quedamos en que no ha hecho más que traducir el modo de perder el dinero.

Damián Justo y cabal ¡Traducir!

And. ¿Es eso todo?

Ram. ¡Hay más aún!

And. Bien. Pues veo las virtudes de Pepe y le disculpo los defectos.

Ram. ¿Virtudes Pepe?

And. Virtudes o como quiera que se les llame. Es que ignoras que por su iniciativa van a traerme unas máquinas que harán la siembra y la siega y la trilla, y no sé cuántas cosas más, a la perfección y sin gasto apenas. Y la línea de automóviles a Puebla del Pinar, es cosa suya.

Ram. ¡Muy bonito! Tendremos una de desgracias, que ya verán ustedes...

Damián Entre los cuadros de los Dominicos ha descubierto tres maravillosas obras de no sé qué pintor. ¡Un tesoro!

Ram. Todo eso está muy bien. Pero oigan ustedes hablar a los labradores de esas máquinas. Y a Frutos el mayoral, de la línea de automóviles.

And. ¡Vaya! No hay manera de tomar en serio las cosas que dices.

Damián ¡Exagera usted, doña Ramona! ¡Exagera usted.

Ram. Señor cura, Pepe, sin ser malo, hace mucho mal. Ha descompuesto el pueblo; trajo costumbres viciosas; a nuestra casa, la perturbación; a las ilusiones de Carmen, el desencanto. Y esto es lo que no le perdono.

Damián ¿Pero qué hace con Carmen?

Ram. Galantearla.

Damián ¿No tiene ella su novio? ¡Pues entonces!

And. No haga usted caso. (A Ramóna.) ¿Se ha propasado Pepe ni tanto así? ¿Pues entonces? ¿No la trata como si fuese una hija nuestra, como si fuese su hermana? ¡Eres demasiado suspicaz, Ramona!

Damián Yo no creo que Pepe y Carmen... es tan formal.

And. Embustes, don Damián, embustes. Esas desilusiones, esos desencantos, esas.. zarandajas... ¡Música! Aquí está todo como estaba antes. Carmen se casará con Mariano cuando llegue la hora, y santas pascuas.

Ram. Bueno. Es negar la evidencia. ¿No ves a la pobre criatura? ¿No ves que no hace maldito el caso de Mariano? ¿No ves cómo mira a tu sobrino?...

Damián Pero, doña Ramona, me deja usted helado. ¿Es posible? Si Carmen es la inocencia misma. Si Pepe la bondad, la caballerosidad personificadas.

Ram. No es preciso que él sea audaz con ella. Le bastan sus malicias para llegarla al corazón. Y eso, sin ser maldad, es una gran maldad. No la dice «quiéreme» ni «te quiero», eso no. Pero la inquieta, la deslumbra, la sugestiona. Lo mismo que hace el diablo.

And. Sí. ¡El diablo, que se ha hecho capitán de Artillería!

Damián ¡Jesús, Jesús!

Ram. ¿Quiere decirse que te parecen bien las maniobras de tu sobrino?

And. Digo que no creo en ellas.

Ram. En estas cosas los hombres veis menos que nosotras.

And. Eso consiste en que pensamos más a derechas.

Damián ¡Doña Ramona! ¡Don Andrés! Por Cristo crucificado. Injurian ustedes a Pepe, y a Carmencita no le hacen gran favor.

Ram. Bien. Me callo. Ya sé que no puedo hablar en esta casa.

Damián No, doña Ramona, tampoco es eso.

Ram. Pero sepan ustedes que Pepe deshace la unión de Carmen y Mariano.

And. Sí, ¿eh? Pues mírales; ahí vienen juntos.

Damián ¿Vienen?

And. Vienen hacia aquí. ¡Más alegres que unas castañuelas! ¡Como nunca! Esa alegría sí que se la deben a tu sobrino. Pepe les ha enseñado que para quererse no hay que ponerse triste. Los mozos y las mozas de Villatoro han aprendido a reir queriéndose. Porque mira que es triste el amor en Castilla.

Ram. (Asomándose a la puerta.) ¡Pues es verdad! ¡Parecen locos!

And. ¡Pepe! ¡La obra de Pepe! Antes eran aquí los amoríos silenciosos, envueltos en sombras, llenos de recelos. El amor aislaba a los enamorados del resto del mundo. Tener novio equivalía a profesar en un convento. Ahora... ¡fíjate! ¡fíjate!

Ram. Pues más vale así.

(Sale por la derecha DON LADIS.)

Ladis ¡Ea! Ya se está levantando don Pepito. ¡Buena siesta!

Damián Querido don Ladis. ¿Usted por esta santa casa?

Ladis Sí. He venido a que Pepe me tradujese un artículo profesional de gran interés. Estaba en la cama y me lo ha traducido en un periquete. ¡Ese chico es una joya!

Damián ¿Y cómo le encuentra usted de salud?

Ladis ¡Ya bien, ya bien! Un par de meses más en Villatoro, y como un roble!

And. ¿Cómo un par de meses? Pepe se queda aquí con nosotros.

Ram. A Pepe no le gusta nuestra vida...

Ladis Sí; pero como él ha arreglado el pueblo a gusto suyo...

Ram. (Intencionadamente.) Esa es la verdad.

Ladis Y gracias sean dadas a Dios...

Damián ¡Ya están aquí esos chicos!

Ladis Fué Carmencita al pueblo ¿eh?

And. A ver a su padre. Está en la cama bastante mal. (Transición.) Otra buena obra de Pepe; ha hecho que González no beba. ¡Ahí es nada!

Ram. Quizá esté malo por eso.

Ladis ¿Y ustedes han dejado ir a la muchacha?

Ram. Es su padre, don Ladis.

Damián Naturalmente.

Ladis ¿Y qué tiene ese hombre?

Ram. No sabemos qué tiene. Nos avisó la mujer del guardafreno.

And. Debe ser cosa seria, porque no quiere de ningún modo que vaya usted a verle.

Ram. ¡Andrés!

Ladis González es un animal. Querrá morirse como un perro.

(Entran CARMEN y MARIANO por el foro radiantes de júbilo.)

Carmen Buenos días a todos.

Damián Hola, Carmencita. Mariano, bien venido.

Ladis Salud, a la gentil pareja—que dice don Pepito.—¿Nos vamos, don Damián?

Carmen ¿Ya se van ustedes?

Damián (Cariñosamente.) Porque tú llegaste, nos vamos nosotros. (Ríe.)

Ladis ¿Tomó usted su vaso de leche?

Damián Sí, señor, ¡riquísima!

Ladis Pues andando.

And. Les acompaño a ustedes. Voy a las eras. No se puede dejar a aquella gente de la mano. (Reparando en que don Damián se coge del brazo de don Ladis.) ¡Ahí tenéis! Otra buena acción del bacarrat, que tanto vituperais. Desde que pierden el dinero en la misma mesa, el cura y el doctor, ¡inseparables!

Ladis Pero yo sigo siendo liberal, ¿eh? Y no transijo con el clericalismo...

Damián Yo como no entiendo palotada de esas cosas. .

And. ¡Ni él tampoco! (Hacen mutis por el foro don Damián, don Andrés y don Ladis.)

Ram. (Pausa. Viendo a Carmen y Mariano que cuchichean riendo.) ¿Fuiste a ver a tu padre? ¿Qué tiene ese hombre?

Carmen ¡Nada! Lo de siempre. Una indisposición más aparatosa que la de «el vino nuestro de cada día, dánosle hoy y sea lo que Dios quiera», como él dice.

Ram. ¡Qué tormento de hombre! ¿Le has dicho si quiere que le vea don Ladis?

Carmen Sí. Y se ha indignado. Dice que si va el médico, él se levanta y sale a la calle. «Me-

nudo peje es don Ladis» dice. ¡Ya le conoce usted! He estado allí un momento nada más.

Ram. Venís muy alegres. Me gusta tanto veros alegres. ¿Qué te decía Mariano?

Carmen Me contaba cosas de Pepe. Y como las cosas de Pepe son tan graciosas y tan sin fundamento, pues nos reíamos los dos como dos bobalicones.

Ram. ¡Ah! (Transición.) ¿Era por eso por lo que os reíais.

Carmen Por eso...

Mar. Sí, señora.

Carmen ¡Cuenta, cuenta, Mariano!

Mar. ¿Desde lo de las caballerías?

Carmen Sí.

Ram. (Aparte.) Dios nos tenga de su mano.

Mar. Y va y me dice: «Usted se va a hacer rico en Villatoro.» Y le digo yo. «Hombre, don Pepito, ¿por qué? Y me dice: «¡Caramba! porque aquí hay muchas caballerías.» ¡Ja, ja!

Carmen Qué gracioso. ¿Y qué más?

Mar. ¡Qué célebre es el pijotero!

Carmen ¡Dice unas cosas!

Mar. Y lo que sabe.

Ram. Y lo que inventa...

Mar. ¿No te ha contado cuando estuvo en París y fué a una fonda con unas mujeres... unas mujeres de esas que hay en París?

Ram. A nosotros no nos cuenta esas cosas.

Mar. Pero si no es nada malo,

Carmen No es nada malo, tía. ¿A ver? ¿A ver?...

Mar. Pues que fué a la fonda... Bueno. El no dice fonda. Vamos, dice fonda; pero lo dice en francés.

Carmen A un restaurant, ¿no?

Mar. ¡Vaya! ¡Que te lo ha contado!

Carmen No, hombre, no.

Mar. ¿Cómo sabes decir fonda en francés?

Carmen Eso lo sabe todo el mundo.

Mar. Bueno. El caso es que fué a una fonda. Allí, por lo que dice don Pepito, mientras cenan bailan; ¡cosas de París! (Carmen sigue con extraordinaria atención el relato de su novio. En su cara se acusan las impresiones de su corazón. Pepe la ha sugestionado, en efecto. Mientras Mariano elogia al

ausente, Carmen sonríe. Cuando cuenta sus picardías amorosas, Carmen arruga el ceño y se separa levemente de Mariano. La tía Ramona cose y traga la quina por quintales. Está para saltar de un momento a otro. Si algo la detiene, es acaso la curiosidad por saber las andanzas del sobrino...) Bueno. No bailan mientras cenan. El parroquiano cena y bailan unas bailarinas y unos bailarines que van a eso, y va don Pepe, y venga beber con aquellas pájaras que fueron con él, vinos buenos, Jerez y esas cosas. Pues que se hace cargo de que la cuenta va a subir mucho, porque las fondas en París cuestan un ojo de la cara, y va ¿y qué hace? Pues va y se agarra a una bailarina y ¡duro! Baila que te baila; ¡que bailó mejor que los bailarines! Con que la gente que no quiere que ya baile más que él. Y él, baila que te bailarás y bebe que te beberás —siempre cosas finas.—Pues que bailó toda la noche. Y allí, qué se yo a qué horas del demonio, pasó un guante, y un duro de aquí, y cinco duros en el otro lado y—¿cómo dice él? ¿Cómo dice?—¡Luises de oro! ¡Eso es! Luises que valen lo menos cuatro duros. Y reunió una barbaridad de duros. Total, que sacó para pagar la fonda y para las mujerotas que iban con él y con los amigos...

Carmen ¡Qué loco! ¡Qué loco! Mira que es. Ponerse a bailar y bailar mejor que los bailarines. ¡Qué no sabrá hacer Pepe!

Mar. Y luego salieron de la fonda con las mujeres aquellas y se fueron de bulla quién sabe dónde.

Ram. ¡Calla, Mariano!

Mar. Y hubo dos que se enamoraron de don Pepito, y él, ¡si te digo que es cosa de risa!

Ram. ¡Que te calles, digo!

Carmen ¡Tía!

Mar. Perdóneme usted, doña Ramona...

Ram. Hay cosas que no se pueden oir, y menos contar.

Mar. Ya lo sé, doña Ramona. No se crea que iba a meterme en lo que pasó luego.

Ram. Pues eso...

Mar. Es que ¡claro! Como don Pepito lo cuenta

de un modo tan gracioso, cree uno, que uno... ¡y uno no lo sabe contar!

Ram. Bueno. Pues se acabó la historia.

Mar. No hablaremos más de don Pepito.

Carmen ¿Te vas?

Ram. Más valía que hablaseis de lo vuestro.

Carmen Está bien.

Mar. ¡Claro! Habla que te hablarás de las cosas de don Pepito, no te he preguntado siquiera por tu padre.

Carmen Está... como siempre.

Mar. ¿Te habló de mí?

Carmen No, de ti no. Me habló de Pepe. Como le quiere tanto...

Mar. ¡Si es que se nos ha metido a todos en el corazón!...

Carmen ¡A todos!

Mar. (Mira recelosamente a doña Ramona.) ¿Y qué te ha dicho?

Carmen Cosas de cuando estuvo en Melilla. Cómo ganó sus cruces... Una mora que se enamoró de él.

Mar. ¿Ves tú? Es que se enamoran de él todas las mujeres.

Carmen Todas...

Ram. (Interrumpiendo bruscamente.) ¡Vaya! Mariano ¿no tienes cosa mejor que hacer fuera de aquí?

Mar ¡Doña Ramona!

Carmen ¡Tía!

Ram. ¿Qué os ocurre? Mariano tiene que cumplir sus obligaciones. Estas no son horas de charloteo. La obligación es antes que nada.

Mar. Bien, doña Ramona; tiene usted razón. ¿Pero no se enfade usted conmigo, verdad?

Ram. No, hijo, no.

Mar. (Pausa.) Hasta luego, doña Ramona. Adiós, Carmen. Hay que cumplir con la obligación primero. ¿Verdad, doña Ramona?

Ram. Sí, hijo, sí.

Mar. Pues ¡de aquí a luego! Voy a ver a la Bonita... (Mutis.)

Ram. ¡Este chico! ¡Este chico!

Carmen Ha estado usted un poco dura. (Con pena.)

Ram. ¿Tú crees?

Carmen Un poco duro...

Ram. Bueno... ¿Y decías que tu padre?

Carmen Nada. Que se empeña en que no le vea el médico.

Ram. Por llevar la contraria a todos los enfermos.

Carmen Ya ve usted...

Ram. ¿Quién podría convertir a ese hombre? ¿A quién es posible que oiga en paz? ¿A quién?

Carmen A Pepe... Adora a Pepe.

Ram. Pues mira, que se vaya Pepe con tu padre. Así como así, te digo que ese padre que Dios te ha dado es una bendición...

Carmen Debo haber hecho algo muy malo, tía de mi alma, para este castigo.

Ram. Puede que tengas razón.

Carmen ¡Tía!

Ram. Yo no te digo que lo hayas hecho; pero, ya puestas en trance de hablar sin tapujos, te digo que quizá estés en camino de hacerlo.

Carmen ¿Yo? ¡Tía!... ¿Que dice usted, Dios mío?

Ram. Una verdad amarga. ¡Clara!... ¡Estas en camino de hacer un gran mal, hija mía!

Carmen ¿Yo? ¿Y a quién?

Ram. ¡A tu novio! ¡A Mariano!

Carmen ¡Tía! ¿Por qué me dice usted eso?

Ram. Porque tengo puestas en tí todas las flaquezas de mi cariño, y quiero evitar lágrimas. A ti, a mí y a todos.

Carmen ¡Si no sé lo que quiere usted decirme!

Ram. ¿No? Pues verás cómo te enteras a escape; o estás enamorada de Pepe, o en camino de ello; pero muy cerca del término del viaje, para el que no te han hecho falta alforjas.

Carmen Por Dios, tía. ¡Qué disparate!

Ram. A ti, Pepe, te ha vuelto el juicio como a todo el mundo. Eres—¡pobre!—tan niña, que no sabes ver el mal, ni evitarle por consiguiente. El mal es esa endiablada simpatía de Pepe, que hace más daño que una mala acción. Da el veneno en un vaso tan fino, que suena como una campana. Ya ves si estás en camino de hacer un gran mal... ¡El pobre Mariano!

Carmen ¡Tía! ¡Tía de mi alma! ¡Que no! Si es pecado oir embobada los cuentos de Pepe, porque ¡son tan graciosos!; sonreir cuando me mira, porque él sonríe con mirar; mirarle mucho

porque él me está mirando siempre; darle consejos porque me los pide; pedírselos porque sabe aconsejar; hablar con él siempre porque nadie habla mejor que él; oirle siempre porque siempre me habla... Si es pecado todo esto, he pecado... Pero ¿puede pecarse por tan poca cosa?

Ram. No sé si es pecado, porque está por saber si es pecado coquetear. Lo que está fuera de toda duda, hija mía, es que una muchacha que tiene novio, contrae la obligación de no oir cuentos, ni recibir sonrisas, ni miradas, ni consejos, ni conversaciones de otro que de su novio. Así viene haciéndose en Castilla, desde que yo era una criatura. ¡Ayer por la mañana! No sé si ahora traerá Pepe de París otras costumbres. Pero hasta ver qué piensan los demás, atente a lo viejo que no ofrece dudas.

Carmen Está bien. Después de todo, quizás tenga usted razon. No sé si me habré excedido. A mí Pepe me parece un hermano.

Ram. Pues tú a él no se lo pareces. ¡Ten la seguridad! «Menudo es Pepe» como diría tu padre.

Carmen Lo dice... lo dice. «Menudo es don Pepito».

Ram. Mariano es un santo.

Carmen Sí, ya lo sé... ¡Lo que se dice un santo!... (Fría).

Ram. No tienes derecho a que pueda llegar a Mariano una mortificación.

Carmen Le aseguro a usted que yo... que Pepe... Porque Pepe...

Pepe (Dentro.) ¡Tía, tía!

Ram. ¡Ahí está!

Carmen (Sobresaltada). ¡Pepe!

Ram. Pepe...

Carmen Pues me voy.

Ram. ¡Cá! ¡No! Te quedas.

Carmen ¿Entonces?

Ram. Es preciso que le hables claro. ¡Quédate!...

Carmen No lo entiendo, tía... ¿Que me quede?

Ram. Volverá a sonreirte con sus ojos y a todas esas cosas que tú dices. Pues le hablas: «Mira, Pepe. Se murmura, se comenta... Yo tengo novio. Los tíos te miran con buenos

ojos. Me voy a casar. El que no tiene que mirarme a mí con buenos ojos, eres tú». ¡Y san se acabó!

Carmen Tiíta, tiíta, yo...

Ram. ¡Hazme caso, Carmen! Es tu salvación y tu felicidad.

Pepe (Dentro.) ¡Tía, tía!

Ram. Ahí le tienes... Hazlo...

Carmen ¡Dios mío!

Ram. Si no se lo dices tú, se lo voy a decir yo...

Carmen ¡Se lo diré!..

Ram. Sí, tú eres buena... (La besa y hace mutis. CARMEN queda un momento sola. Está agitadisima. Pausa. Entra PEPE por el foro.)

Pepe ¿No está la tía? ¡Buenas tardes, Carmen! ¡Caramba qué guapota!

Carmen Todos los días me dices igual.

Pepe ¿Y yo qué culpa tengo de que no estés fea nunca?

Carmen Aunque lo estuviera tú no me lo habías de decir...

Pepe Porque aunque lo estuvieras, a mí no me lo parecería.

Carmen Entonces quizá lo esté y no te lo parezca.

Pepe Que es lo mismo que si no lo estuvieses.

Carmen Eres imposible.

Pepe Conmigo no valen sutilezas... (CARMEN está violentísima. Busca el modo de abordar la cuestión impuesta por la tía y no le encuentra ni le quiere encontrar. Vive presa de la voluntad de Pepe.)

Carmen ¿Yo? ¡Pobre de mí!

Pepe ¿Qué te pasa?... Te encuentro hoy, yo no sé qué...

Carmen Será el peinado...

Pepe Ya, ya veo. El último grito...

Carmen ¿Cómo?

Pepe La última moda.

Carmen Lo copié del «Blanco y Negro».

Pepe No es el peinado. Es... no sé lo que es. Me parece que leo un pesar muy grande, más allá del fondo de tus pupilas... (La coge las manos y la mira a los ojos.)

Carmen ¡No me mires así, Pepe!... ¡No me mires así!

Pepe Y por qué, criatura. Así te miro desde que llegué a Villatoro. Y hasta ahora...

Carmen Pues ya ves. Ahora...

Pepe ¡Vamos! Ya adivino lo que te pasa. La enfermedad de tu padre... Me dijiste que ibas a ir verle...

Carmen Sí, he ido a verle...

Pepe Si lo hubiera sabido te hubiese acompañado.

Carmen Gracias, Pepe. Me acompañó Mariano.

Pepe ¿Y qué? ¿Os estorbo yo?

Carmen Tú no... Tú no estorbas nunca... (Transición.)

Pepe Nada, que estás de un modo... No eres la misma... No sé. Mírame.. Sonríeme. A ver si acierto.

Carmen ¡Qué tontería! ¡Sonreirte yo! ¿Y para qué quieres que te sonría yo?

Pepe Porque tu sonrisa es una cosa muy alegre. Y claro que si tú no sonríes, me falta la alegría... Soy egoistón como todos los hombres.

Carmen ¡Tú no eres bueno!

Pepe ¡Qué dices!

Carmen (Transición.) No, nada; perdóname. No sé lo que me digo... Hoy tengo los nervios no sé cómo..

Pepe ¡Ah! ¿Pero también tú tienes nervios? ¡Yo creí que eso de los nervios no se conocía en Villatoro!

Carmen Pues ya ves que sí. Quién sabe si tú mismo tienes algo de culpa de que se conozcan.

Pepe Pues mira, no estaría eso mal. Los nervios son la civilización.

Carmen No te entiendo.

Pepe Mejor para tí. Oye, Carmen. Voy a pedirte un consejo.,.

Carmen Harás mal. No quiero dártelos ni pedírtelos.

Pepe Eso es cosa nueva. Nos hemos pasado qué se yo los días cambiando consejos. Es un entretenimiento que dá mucha confianza...

Carmen Huyamos del peligro de la confianza.

Pepe ¡Ea! ¿A que eso de los nervios es verdad? Hoy eres la perfecta nerviosa.

Carmen Sí... (Ríe). ¡Qué gracia! ¡La perfecta nerviosa! No hay modo de estar seria contigo, por mucho que se empeñe una.

Pepe ¡Claro! Pero para qué sirve la seriedad. Seriedad y vejez son una misma cosa. Si a una jovenzuela como tú, le hechas encima una carga de seriedad; se acabó la jovenzuela.

Carmen La verdad es que todos los viejos son más seriotes.

Pepe ¡Claro! La gente habla del respeto a los años. ¡Bah! La respetabilidad no es ni más ni menos, que el fracaso de la alegría.

Carmen Pues ya ves, el tío tiene qué se yo los años, y siempre está como unas castañuelas.

Pepe ¡Por eso no le respeta nadie! (Ríe.)

Carmen (Ríe también.) ¡Pero qué cosas dices, Pepe!... ¡Tú eres el demonio!

Pepe ¡Mira, puede!

Carmen ¡Calla, calla!

Pepe Si la vida es un infierno, hay que ser el diablo para pasarlo bien. ¿Tú estás contenta de la vida? ¿A que no?

Carmen ¿Y por qué no?

Pepe Porque eres un angel y los angeles no viven a gusto aquí... en el infierno.

Carmen Yo creo que tú lees esas cosas en alguna parte.

Pepe (Ríe.) Puede. Yo leo mucho.

Carmen Por eso sabes tanto.

Pepe Y sin embargo, quiero pedirte un consejo, que me niegas.

Carmen Es que eso de los consejos, ya te he dicho que...

Pepe ¡Es el último!

Carmen ¿El último?

Pepe ¡Palabra!

Carmen Bueno. Siendo el último... ¡Di!...

Pepe Pues verás. ¿Tú crees que debo volverme a Madrid?

Carmen (Dominada por la emoción que le produce la noticia se yergue y grita.) ¡Te vas! (Transición.) ¿Te vas?...

Pepe Ya te dije que te pido un consejo... El Coronel me escribe diciéndome que mi licencia se prolonga demasiado. Yo aquí vivo entre la felicidad. Para que esta felicidad sea completa, me falta... tu consejo, Carmen. Te digo, pues: ¿me voy o abandono mi carrera y me quedo aquí para siempre?

Carmen Yo... ¿Y por qué he ser yo quien te dé ese consejo?...

Pepe Porque sólo a tí lo puedo pedir.

Carmen ¿Y por qué, Pepe?

Pepe ¿Por qué dices? ¿Es que quieres mi confe-

sión completa? ¿Es que quieres te diga que te quiero, Carmen?... ¡Pues te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Carmen ¡Pepe! (Pausa larga.)

Pepe Dime... ¿Qué me aconsejas? (Otra pausa larga.)

Carmen ¡Que te vayas!...

Pepe ¿De verdad?...

Carmen ¡De verdad!...

Pepe ¿Lo has pensado bien?

Carmen ¡Sí!

Pepe Tienes razón. Perdona, Carmen. Yo... ¡tonto de mí! olvidé que tú tienes novio; que te vas a casar con un hombre que acaso no te merezca; pero al que tu cariño le da derecho a la felicidad. Olvidé que vives aherrojada por todos los prejuicios. En tu vida no cabe ni la posibilidad de una protesta, que sería un crimen para la moral de estas buenas gentes; ni la rectificación de un rumbo, porque sería una protesta. Y sin embargo, tu corazón no es de este mundo. ¡Tú me quieres, Carmen!..

Carmen ¡No! No te quiero como tú supones que te quiero. No, Pepe. Haces un gran mal con lo que haces. . ¡Vete! ¡Vete por Dios!

Pepe ¿Lloras?

Carmen ¡Ya ves!... ¡Lloro! ..

Pepe Carmen...

Carmen ¿Por qué haces esto conmigo? ¿Qué mal te hice yo? Si tú sabes—y lo sabes, Pepe—que yo vivo irremediablemente sujeta aquí. ¿por qué me quieres despertar? Si la vida me ha colocado en esta prisión, que no tiene cerrojos ni guardianes, ¿por qué me quieres despertar? Si sabes que mi rebeldía sería la condenación de tus tíos, de mi padre, de todo el mundo donde yo nací, ¿por qué me quieres despertar? Si el amor—tu amor—no es de este mundo mío, ¿por qué vienes a este mundo con tu amor?

Pepe Porque te quiero, Carmen; porque te quiero. Y no hay nada sobre este cariño mío.

Carmen La razón, Pepe. Trajiste a Villatoro el veneno de tu vida y envenenaste las nuestras. ¡Vete, Pepe, vete!...

Pepe (Transición) Bueno. Me equivoqué. . Queda-

mos en que me equivoqué. Quedamos en que quieres a ese chico y en que con la felicidad que él puede ofrecerte te basta a tí, ¿no?

Carmen Yo no te he dicho eso...

Pepe Es lo mismo. Ese u otro, ¿qué más da? Será ese, porque en la moral de vuestra vida no cabe la rectificación. ¿Te equivocaste? ¿Y qué? Arrastra toda la vida la amargura de haberte equivocado. Y sonríe a la desventura. Sonríe discretamente ¡claro! porque también la alegr a es pecadó mortal en Villatoro...

Carmen Quizá...

Pepe Un pueblo sin árboles, sin pájaros y sin juventud. Un pueblo con clausura como los conventos. ¡Qué felicidad! La tierra parda; el cielo gris... oscuridad, silencio y frío. Y en la iglesia una sola campana para tocar a gloria y para tocar a muerto...

Carmen ¡Calla, Pepe, calla por Dios! ¡Mira que somos de mundos distintos! ¡Si mi vida es así! ¡Déjame con mi vida!

Pepe ¡Sobre tu vida está el amor!

Carmen ¡Le tengo yo en mi misma vida!

Pepe No es verdad, Carmen, no es verdad. ¡Tú me quieres! Y te da miedo este cariño. Y te defiendes de él como de un pecado mortal. ¡Tú me quieres! ¡Mírame! ¡Dímelo! (La coge, la mira implacable al fondo de los ojos.)

Carmen ¡Pepe! ¡Pepe!

Pepe ¡Ah!

Carmen (Rápida. Apasionada. Vencida.) ¡Pepe de mi alma!

Pepe ¡Así! ¡Así! (Repentinamente se separan. Vuelven a la realidad. Carmen, arrepentida, baja la cabeza y clava sus miradas en el suelo.)

Carmen ¡Qué locura!

Pepe ¡Locura! ¿Y por qué locura?

Carmen No sé... Estoy... no sé cómo estoy. Me vences, me esclavizas. Y tu yugo es más fuerte que mi voluntad. Llévame contigo... Haz lo que quieras de mi vida, porque es tuya. ¡Rompe mis sueños! ¿No te doy lástima, Pepe? (Llora abatidísima.)

Pepe ¿Por qué lástima? Si el mundo nos abre los brazos. Si la felicidad está en todas partes, porque somos nosotros y con nosotros va...

¡Carmen! ¡Mi Carmen! (Se abrazan. Estalla un beso. Y en este instante aparecen don Andrés y Mariano. Ambos se miran consternados.)

Mar. ¡Carmen!

And. ¡Caray!

Carmen ¡Dios mío!

Pepe ¡Bueno!..

(Un momento de violencia. Ninguno de los personajes acierta a moverse con desembarazo en la situación. Se han quedado inmóviles. Don Andrés en el dintel de la puerta mira el horizonte; Mariano a Carmen; Pepe a Mariano. Carmen se desliza hacia la puerta de la derecha. Antes de llegar a ella, la detiene la voz de Mariano.)

Mar. ¡Carmen!...

Carmen ¿Qué?

Mar. No, nada... (Carmen sigue su camino. Hay otra pausa. Por fin, Pepe, rompe el silencio.)

Pepe ¿Y esa mula? ¿Qué tal esa mula?

Mar. (Cejijunto.) ¡Mal, mal!...

And. (Intencionadamente.) Parece que la cosa se ha complicado...

Pepe ¡Vaya por Dios!

And. Este ha puesto una receta y yo mismo voy a ir a la botica. No me fío de nadie.

Mar. (Mira a Pepe.) Y hace usted muy bien...

Pepe ¡Muy bien, sí señor!

And. ¿Vienes, Mariano?

Mar. ¡Me quedo!

And. ¡Ca! Tú vienes conmigo.

Mar. ¡Tiene usted razón! ¡Vamos!...

And. Tú te quedarás... ¡claro! (A Pepe.)

Pepe Sí. Me quedo.

And. Bien... ¿Vamos a la botica?

Mar. Yo le acompaño a usted hasta la iglesia. Tengo que herrar hoy.

And. Bueno, bueno.. Hasta luego, Pepito.

Mar. Buenas tardes.

Pepe Vayan ustedes con Dios. (Hacen mutis todos. Pepe por su habitación y los otros dos personajes por el foro. Queda la escena sola. Pausa larga. De lejos llega la voz de un gañán que canta:

Si no me quieres, serrana,
dímelo sin arrodeos,
no andes jugando conmigo
que soy castellano viejo.

Y los últimos ecos de la copla se pierden entre el cascabeleo de unos collerones. Paz, silencio. Aparece LA SANTERA en el umbral de la puerta del foro. Apoya la ruina de su cuerpo cargado de rosarios y reliquias en un alto bordón, y en una de sus amplias caderas la urna de las Animas)

Sant. ¡Ave María Purísima! ¡Ave María! ¿Doña Ramona, no hay nada para las ánimas benditas?... (Pausa. Luego comienza su romance monótono y sombrío.)

«Sagrada Virgen del Carmen
que hasta el Purgatorio bajas,
y a las ánimas benditas
consuelas con tus miradas».
Sagrada Virgen del Carmen,
la que a las benditas ánimas
llevas bálsamo y consuelo,
mientras su castigo acaban.
Piensa que sólo Dios sabe
si vas a morir en gracia.
Medita que el Purgatorio
es tránsito de las almas,
y ten presente la historia
que pasó en Valdelamata,
con la hija de un mayorazgo
que murió sin confesarla,
y al cabo de mes y medio
se le apareció a su hermana,
pidiéndola unos sufragios
que pudiesen remediarla.»

(Aparecen por la misma puerta por donde hicieron mutis, DOÑA RAMONA y CARMEN. La Santera no se apercibe de la llegada de ambos personajes y sigue su recitado hasta que se indica.)

Ram. ¡Cállate! ¡Cállate y entra en la cocina!

Carmen ¡A mí me da miedo la Santera!

Ram. ¡Qué tonta eres!

Sant. «La hermana de la difunta
echó a correr por la casa,
y muertecita de espanto
no paró hasta la solana.»

Ram. Bueno. Para tú ya y ven.

Sant. Santos y buenos días.

Ram. Buenos días.

Sant. ¿Y la familia, doña Ramona?

Ram. Buenos: buenos todos.

Sant. ¿Sanó el señorito Pepe?
Ram. Sanó.
Sant. Dios y la Virgen me oyeron, que bien se lo pedí.
Carmen (Echa una moneda en el retablo.) ¡Ahí va!
Sant. «Dios bendiga aquellas manos
que para bien de su alma...»
Ram. Cállate, Blasa, cállate; que nos sabemos de memoria todos tus romances.
Carmen ¡Al cabo de los años!
Sant. ¡Vaya por Dios!
Ram. Vamos, no se vaya a pegar el flan. (Mutis por el mismo lado donde salieron. La tía Ramona va delante Detrás la Santera con Carmen.)
Sant. «Bien hayan las buenas mozas
que colocan su querer
en el corazón de un mozo,
por siempre, jamás, amén.
El diablo, para prenderlas,
pone sitio a su honradez,
toma la figura humana,
y con todo su poder
Busca ocasión de acercarse
a la que quiere perder.»
Carmen ¡Calla! ¡Calla! (Inquieta.)
Sant. «Serranilla, serranilla,
que vas al amanecer
caminito de la fuente
que te ha de calmar la sed»...
Carmen ¡Calla! (Mutis. Queda la escena sola un momento. Pausa. Se vuelve a oir cantar al gañán. Luego entra MARIANO por el foro. Lentamente se dirige a la puerta de la derecha y dice:)
Mar. ¡Carmen! (Pausa.) ¡Carmen!... (En este momento sale PEPE por la izquierda y queda inmóvil en el umbral.)
Mar. ¡Carmen!
Pepe ¿Llama usted a Carmen?...
Mar. Ya lo ha oido usted...
Pepe ¡Caramba, Mariano! Está usted también nervioso...
Mar. Quizá que sí...
Pepe Pues eso no es sano...
Mar. Mire usted, don Pepito; no sé si es sano o si no es sano, ni sé tampoco bien sabido a lo que usted llama estar nervioso... La verdad.

Y... vamos que ¡eso no está bien, don Pepito!

Pepe ¿Eso? ¿Qué es eso?

Mar. ¿Cómo «qué es eso»? ¡Ea! Dice usted «qué es eso» de un modo, que no sé si es una pregunta o una majeza.

Pepe Ahora soy yo el que no le entiende a usted. ¡Majeza... majeza! ¿Qué es una majeza?

Mar. ¿Es que va usted a reirse conmigo?

Pepe ¿Y por qué no? Se ha reido usted conmigo tanto, que me parece que tengo derecho a reirme yo ahora.

Mar. Pues no se ría usted, ¡concho!

Pepe No me río. Ya ve usted que podría contestarle con una carcajada. Y sin embargo, le digo: No me río.

Mar. Bueno... ¡Yo!... (No acierta a conducir la conversación. Está, en efecto, nervioso, violentísimo.) Mire usted, don Pepito, yo busco a Carmen. Yo, a usted, no le busco, ¡ea!

Pepe ¿Está usted seguro?

Mar. ¿Pero va usted también a saberlo mejor que yo?

Pepe Es que como usted está tan nervioso...

Mar. ¡Y dale!

Pepe Tranquilidad..., calma... Sosiéguese usted.., tranquilícese usted...

Mar. ¡Si no puedo! ¡Si no puedo!

Pepe ¿Entonces?...

Mar. ¿Y sabe usted lo que le digo ahora? Pues le digo que es usted un bicho de *cuidao.* (Muy decidido.) Le digo, que lo que usted hace, está muy mal hecho. No es majeza, no... Es que por muy hombre de bien que sea un hombre de bien, llegan casos, que.. ¡eso! Y ¡ea! que eso no se hace, ¡vaya! Eso es una faenita como para dejar a un lado que usted es usted, y liarse la manta a la cabeza y buscarse una perdición...

Pepe Mire usted, Mariano. ¿Vamos a hablar claro? Bien; Por muy allá que llegue en mi transigencia, no puedo consentirle a usted que me hable de ese modo.

Mar. Yo tampoco quiero consentirle a usted...

Pepe ¡Pues ya está! Usted ha llegado antes aquí inoportunamente. Ni más ni menos.

Mar. ¡Mire usted que!...

Pepe Ahora, usted, se calla, que estoy hablando yo ¡Inoportunamente! Usted ha supuesto que Carmen y yo le hemos hecho a usted una felonía.

Mar. ¡Eso!

Pepe ¡Cállese usted, digo! Usted ha visto...

Mar. Yo lo he visto todo.

Pepe Bien; cállese ya.

Mar. Siga usted, siga usted...

Pepe Usted lo ha visto todo y lo ha supuesto todo... Salió usted de aquí con mi tío y hábilmente busca una ocasión de volver aquí. Y llega y llama a Carmen para pedirla unas explicaciones, a las que no sé hasta qué punto tiene usted derecho. Usted no es su padre, ni su hermano, ni su marido...

Mar. Pues soy... ¡lo que soy!

Pepe Por eso le contesto a usted como le contesto.

Mar. Pues contésteme usted. ¿Carmen y usted?.. ¿Usted quiere a Carmen? ¡Vamos! (Pausa larga.)

Pepe ¡Sí!

Mar. (Aterrado. Indeciso. Confuso.) ¡Dios! (Otra pausa.)

Pepe Ya ve usted que no era preciso ni juicioso llamarla a ella.

Mar. ¿Pero usted? ¿Usted? ¡Maldita sea! Usted es un condenado. (Va hacia Pepe.)

Pepe ¡¡Mariano!!

Mar. ¡Bueno! ¡Ea!... (Abatido.) ¡Esto se acabó!

Pepe ¿Se va usted?

Mar. Yo... ¿Que si me voy? ¡Vamos! ¡Si parece que me han clavado en el suelo! ¡Si parece que me ha dao un mal y me baila la luz como si la vista se me acabase y los brazos son de plomo, y tengo frío y me late la sangre en los pulsos como si se me fueran a estallar las venas .. Y no lloro, porque está usted delante. ¡Y yo soy muy hombre! ¡Yo soy muy hombre! Usted... ¡yo no sé lo que es usted! Ahora le odio con toda mi alma. Y sin embargo... ¡vamos, que no sé!... Por fuerza es usted el diablo mismo, cuando así manda en uno.

Pepe ¡Vamos, Mariano! No busque usted culpas

en nadie, ni en el odio un consuelo. Yo quise también rebelarme contra su dolor—¡ya ve usted que soy un hombre como los demás!—y no me rebelo. «Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Ya ve usted que no soy el diablo...

Mar. Yo no sé si es usted el diablo, ni si yo soy yo, siquiera. Lo que sí sé que antes de usted venir a Villatoro, vivía en paz. Y en paz he seguido viviendo hasta que hace un instante le he visto a usted agarrándose a mi vida. Se lleva usted mi vida. La verdad. Se la lleva usted y quizá no sea la suya. Porque me parece a mí que usted no la quiere como yo. Y... ¡vamos! si no puedo hablar, si vuelvo a rebelarme aunque no quiera rebelarme y no puedo hablar. Es que... me parece a mí esto una cosa que no sé cómo ha pasado. Y si usted no hubiese venido al pueblo, aquí no habría pasado nunca...

Pepe Eso puede que sea verdad. Casi casi creo que es usted quien tiene razón. Y yo no me resigno a que haya quien vea en mí un enemigo.

Mar. ¡El enemigo malo! Así dice doña Ramona.

Pepe ¿También mi tía?

Mar. Cabal... Doña Ramona y la gente seria de Villatoro, dicen que es usted el enemigo malo. (Pausa).

Pepe Bien... ¡Llame usted a Carmen!

Mar. ¿Que llame a Carmen?

Pepe Sí. Llame usted a Carmen. ¿No venía usted a eso?

Mar. Sí que venía a eso; pero...

Pepe Pues hágase usted la cuenta de que hemos andado un poco hacia atrás; de que todo vuelve a ser lo que era...

Mar. (Sugestionado por Pepe y lleno de esperanza, se dirige hacia la puerta por donde salió Carmen y la llama en efecto.) ¡Carmen! ¡Carmen! Te llama don Pepe.

Carmen (Apareciendo en el dintel de la puerta. A Pepe.) ¿Qué quieres?... ¿Me llamas tú, Pepe?

Pepe (Un poco violento, toma la palabra.) Sí... Te ha llamado Mariano, sabes; pero fuí yo quien...

He decidido marcharme de Villatoro... Y con permiso suyo, quería despedirme de ti.

Carmen ¡Te vas!. . ¿Te vas?

Pepe Sé que mi determinación no ha de sorprenderte. Me voy... Justamente le estaba yo diciendo a... tu novio, que te he pedido consejo para resolver mi viaje. Y que tú me has aconsejado que me vaya, ¿verdad?

Carmen ¿Yo?... Sí... sí... Es verdad.

Mar. (En una explosión de contento irreductible.) ¡Es verdad!

Pepe (A Mariano.) ¡Lo ve usted!

Carmen ¿Saben los tíos tu marcha?

Pepe No la sabe nadie más que vosotros.

Carmen ¿Y te vas?

Pepe Me voy... Y quiero dejarte a ti... dejarle a usted el encargo de rectificar cualquiera mala opinión que haya podido hacerse de mí. Por ejemplo: yo sé que la tía Ramona me llama «el enemigo malo». No hace bien. Si soy culpable de algún mal pequeño, pues... no soy culpable. Quiero decir que a sabiendas, yo sólo hago el bien. ¡Sólo el bien! Ocurre que a veces se cruza el diablo en nuestras intenciones y convierte en mal lo que nació bien. Y acaso haya ocurrido esto con algún bien nacido en mí.

Mar. ¡Acaso!

Carmen No, Pepe; eso no... (En este momento aparece González en la puerta del foro. Es otro hombre que en el primer acto. Más limpio, más serio y completamente ayuno de vicio.)

Gonz. ¡Don Pepe!... ¡Ah! Creí que estaba usted solo.

Pepe ¡González! Pero ¿es que se ha puesto usted bueno de milagro?

Gonz. Casi, casi. Es que no sé a quien demontres se le ha ocurrido avisar al mediquillo. Y va don Ladis y se plantifica en mi casa, ¡menudo es don Ladis! Y eso, no, ¡porra! Estando yo con salud, santo y bueno que vaya por mi casa cuando se le antoje. ¿Pero yo en la cama y el médico de visita? ¡Un demonio! Que venga la muerte cuando la man de Dios. Pero directamente Dios, sin que don Ladis intervenga.

Pepe Es usted implacable.

Gonz. ¡La verdad! (Transición. A Carmen y Mariano.) ¿Y vosotros? (A Pepe). Tengo unas ganas de que acabe este noviazgo. ¿Estais de monos?

Pepe No... No están de monos. Es que, sabe usted, González, me voy... me voy a Madrid y...

Gonz. ¿Que se va usted? ¡¡Ca!!

Pepe Sí, González, me voy. Y me voy sin decir ni una palabra a los tíos para evitarles la amargura de la despedida. A Carmen y a Mariano no se la evité.. y eso es lo que pasa.

Gonz. Bueno. Usted no habla en serio. Usted no se va de Villatoro. ¡Que no, ea!

Pepe Sí, ¡González, sí. Es una resolución definitiva. Me iré ahora en el rápido.

Gonz. Que no, ea, que no. ¡Si usted es la Providencia deVillatoro! ¿Es que vamos a quedarnos sin Providencia? ¿Quién me ha quitado a mí del vino? ¡La Providencia! ¡Usted! Y usted quien me sostiene. Quiere decirse que si vuelvo a quedarme solo, como soy débil y tal, pues volveré al vino y... ¡vamos, que no!

Pepe No volverá usted, no. Porque en Villatoro queda quien vele por usted, ¿verdad, Carmen?

Carmen (Contesta mecánicamente.) Verdad.

Gonz. ¡Ea! Que no lo entiendo. Sin una razón, sin nada, marcharse así, ¡tan de repente!

Pepe Razones hay y más de una.

Gonz. ¡Razones! ¡razones!...

Pepe Tengo mis enemigos como todo el mundo. Se habla ya en Villatoro de lo malo que soy... se dice...

Gonz. Se dice... Se dice. ¡Anda morena! ¿Y eso le preocupa a usted? ¿Quién hace caso de habladurías y de chismes? ¡Señor, si han llegado hasta a mí! (Bajando la voz.) No han ido a decirme a mí que iba usted a ser la perdición de Carmen, ¿eh? (Ríe. Todos callan. Después, González, se hace cargo del silencio y del embarazo que han producido sus palabras. Cambia repentinamente de actitud.) ¡Don Pepe! ¿Por qué se calla usted?

Carmen ¡Padre!

Gonz. ¿Quiere decirse don Pepe?...

Pepe Quiere decirse que me voy porque debo irme, González. Porque a despecho de todos mis buenos propósitos, soy un peligro sin quererlo yo. A usted, que es un hombre, le deben sobrar y convencer estas razones. Y ¡ea! — ahora soy yo quien lo dice — ahorremos explicaciones y andando. Vámonos.

Gonz. Sí, señor, ¡vamos! Aunque pase de mí lo que pase. Que el vino me nuble la cabeza antes que las lágrimas me nublen los ojos. ¡La vida es así!

Pepe Así es, González.

Gonz. Ya sé yo que cuando salga de agujas el rápido que le aparte a usted de Villatoro me emocionaré mucho... Sí, don Pepe, mucho, ¡hasta puede que se me salten las lágrimas como si estuviera borracho otra vez!

Pepe (Cortando el discurso a González.) Bien. ¡Adiós, Carmen!

Carmen ¿Te vas de verdad? (Ansiosa, vencida.)

Pepe ¿Y eres tú quien me lo pregunta?... ¡Adiós, Carmen!

Carmen Adiós, Pepe.

Pepe Adiós, Mariano.

Mar. Que haya salud... (Pepe sale rápido, huído, por la puerta del foro.)

Gonz. (A Carmen, indignadísimo.) ¡¡Perra!!

Mar. ¡¡Don Eugenio!!

Gonz. (Despectivamente.) ¡Bah! (Sale tras Pepe.)

(Quedan solos en escena Carmen y Mariano. Hay una pausa muy larga. Un paréntesis de dolor, Luego Mariano va hacia Carmen lento, como indiferente a cuanto pasa. Cuando Mariano llega a ella sale por la derecha DOÑA RAMONA, DON ANDRÉS y la SVNTERA.)

Ram. ¿Estáis aquí, criaturas?

Mar. Sí; sí, señora.

And. ¿Y Pepe? ¿Dónde se ha metido ese chico?

Mar. ¡Don Pepe se ha ido!

And. ¿Que se ha ido? ¿Y dónde?

Carmen Se fué para siempre, tío, se fué... (Emocionadísima.)

Ram. ¡Se fué!...

And ¿Que se fué? ¿Para siempre? ¡No! ¡No puede ser!

Mar. Se va a Madrid en el rápido.

And. ¡Cá! ¡Que no! (A doña Ramona.) Ves, esta es tu obra, ¡tu obra! ¡No se va; no se va! ¡Pepe, hijo mío! ¡Pepe!

Ram. ¡Déjale! ¡Déjale! El sigue su camino. Ha cruzado por entre nosotros y sigue... Así lo quiere Dios.

And. ¡Pero no lo quiero yo, ea! (Sale precipitadamente por el foro.)

Sant.
«Caminante, caminante
que no vas por tu camino.
Caminante que en las sombras
de una noche te has perdido.
Caminante que caminas
sin conocer tu destino
muerto por dentro de pena,
muerto por fuera de frío.»

Ram. ¡Calla, Blasa, calla! (En meditación.) ¡Dios le ilumine!

Mar. (Acercándose a Carmen receloso, enamorado, lleno de emoción.) ¡Carmen!

Carmen ¡Déjame! (Hunde la cabeza entre las manos al decir esta palabra, que es como síntesis de toda la obra, y verbo de un drama que comenzó más allá del instante en que cae el telón sobre esta pequeña tragedia interior.)

Sant.
«Moza de la serranía
la que al caminante ha visto,
la que quiso consolarle,
la que detenerle quiso,
la que le lloró en la ausencia
lo mismo que a un bien perdido.
Olvídale que a tu pena
le pondrá fin el olvido,
que el sino del caminante
no es, serranilla, tu sino...»

(Todos estan sobrecogidos por la emoción. La Santera cruza la escena, sale por el foro y sigue rezando su romance, que se pierde muy poco a poco, fundiéndose con el silencio, mientras cae lentamente el telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Ceferino R. Avecilla

Silencio... comedia en tres actos. Adaptación española de *L'Alibi* de G. Trarieux.

Su afectísimo amigo, comedia en tres actos.

El enemigo malo, Comedia en dos actos.

La mala tarde, zarzuela en un acto. Música del maestro Millán.

Los crepúsculos, novela, Un volumen.

Rincón de humildes, crónica de un viejo café. Un volumen.

La Pancho de los ojos verdes, novela. Edición de «Por esos mundos», ilustraciones de Penagos.

La vida eterna, prosas, portada de Penagos. Un volumen.

Obras de Manuel Merino

El príncipe bohemio, opereta en un acto. (Maestro Millán.) (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela de Madrid.

Una mujer indecisa, opereta en un acto. (Maestro Millán.) Estrenada en el teatro de la Zarzuela de Madrid)

El enemigo malo, comedia en dos actos. (2) Estrenada en el teatro Lara de Madrid.

La mala tarde, zarzuela en un acto. (Maestro Millán. (2) Estrenada en el teatro de la Zarzuela de Madrid.

Ni rey, ni Roque, zarzuela en un acto. (Maestro Luna.) (3) Estrenada en el teatro de la Zarzuela de Madrid.

---

(1) En colaboración con González Lara.
(2) Idem con R. Avecilla.
(3) Idem con Martín de Eugenio.

Precio: 1,50 pesetas